

# El hombre actual

En la historia de la humanidad, paralelamente al desenvolvimiento de las religiones, han ido apareciendo elementos espectaculares y hechos prodigiosos —los milagros— que acompañan a éstas como elementos inseparables. Cabe estudiar estos hechos prodigiosos desde un punto de vista histórico, lo mismo que se pueden examinar como hechos concretos que alteran las leyes de la naturaleza.

El estudio presente deja a un lado las cuestiones científicas y cosmológicas, para intentar precisar el valor del milagro como elemento constitutivo de la religión positiva. Examinar si los milagros son simples expresiones de aspiraciones humanas, vacías de todo contenido religioso o, por el contrario, un elemento esencial que corresponde en su estructura misma a las exigencias de la religión. Se trata pues de aclarar, desde el punto de vista de

la filosofía de la religión, si el milagro es algo connatural y constitutivo de ésta o es algo que se le impone y estorba.

Hoy día, paralelamente a la aceptación del milagro llena de la más absoluta naturalidad (1), existen otros espíritus que preferirían creer que no se ha realizado hecho milagroso alguno, pues esto estorba a la idea que tienen de Dios. Consideran el milagro algo así como “el niño mimado de la religión” (“Des Glaubens liebtes Kind”, en expresión de Goethe), al que se le ha concedido excesiva importancia. No les gusta pensar que Dios rompiera, por decirlo así, sus

---

(1) A. Ottaviani-Warnung von der Wundersucht unserer Zeit. (Geist und Leben, 1951, 223).

# ante el milagro físico

*Guillermo Arrenberg Gracián, S. J.*

propias leyes para algo que se les antoja superfluo e innecesario.

Para tratar esta cuestión, el esquema de nuestro razonamiento será el siguiente. En la composición de todo milagro encontramos tres elementos que le constituyen: lo *maravilloso*, algo que nos causa admiración y que se impone a nuestra sensibilidad como desacostumbrado; la *potencialidad*, aquella demostración de poder que aparece superando las fuerzas físicas de la naturaleza, y su valor como *signo*, por el que el milagro puede estar en relación con un mensaje de Dios a los hombres. Buscando la relación de estos tres elementos con las tendencias naturales del hombre, creadas por el mismo Dios, podremos comprobar hasta qué punto la bondad de Dios ofrece al hombre en el milagro un medio religioso para llegar hasta El.

## El hombre ante lo maravilloso

El concepto "*maravilloso*" se encuentra en función de la vida ordinaria del hombre. Maravilloso es aquello que de alguna manera irrumpe o rebasa los hechos concretos de cada día. Incluye por lo tanto más una relación de distancia con lo ordinario que una relación de proximidad con la perfección; ahora bien, a medida que la línea de maravilloso va perdiendo terreno ante el avance de la historia, aumenta el número de los hechos ordinarios y corrientes. En este sentido podemos decir que el hombre primitivo poseía una mayor capacidad de admiración, mientras que en el hombre moderno ha disminuído su capacidad admirativa.

Aun para las distintas culturas, los hechos a los cuales circunscriben las leyes naturales, están muy indetermi-

nados. Muchas cosas que eran tenidas como extraordinarias antes de la llegada de las ciencias naturales no se tienen hoy como tales y algunas dotes excepcionales y raros fenómenos psíquicos vemos hoy que no sobrepasan el terreno de lo posible para las fuerzas psíquicas. Aunque gracias, sin embargo, al progreso de las mismas ciencias y a ciertos datos de observación inmediata, se puede también conocer hasta donde *no* llegarán nunca los medios humanos.

Sin embargo, prescindiendo de los distintos estadios culturales, en todos los casos poseemos un hecho común: en el hombre ha permanecido un deseo constante y obstinado por lo maravilloso. Su repetición es tan general que podemos hablar de una necesidad.

El hombre no es una figura estática, en equilibrio estable, como un mundo fijo e inmutable. Por el contrario, es esencialmente dinámico. En este continuo desenvolvimiento de sí mismo, la psicología contemporánea ha demostrado cómo el hombre tiene necesidad de objeto para llegar a ser sujeto. En mayor o menor escala, el espíritu humano busca una salida del mundo corriente, de la vida monótona. El aliciente que sazone y vitalice los hechos vulgares, que a fuerza de repetición atrofía y embota su capacidad psicológica.

En este sentido podemos establecer una verdadera escala en la búsqueda de lo maravilloso en proporción directa a la evasión de la realidad. Desde las manifestaciones subconscientes de los sueños, pasando por las veleidades inconscientes de muchos momentos de vigilia, hasta las ensoñaciones de los temperamentos evasivos que no encuentran su mundo y tienen necesidad de otras realidades "extraordinarias".

En algún aspecto pudiera decirse que la emoción de lo maravilloso, vivido en el momento presente, es un medio de evocación del pasado para saborear lo que ardientemente se ha deseado y de invocación del porvenir para alimentar su voluntad y su esperanza. Con estos sentimientos, el individuo no hace sino proyectar hacia fuera sus propias emociones para nunca jamás poseerlas de un modo completo por los medios naturales.

Cabe también preguntar, con el Dr. Jean Thevenot, si esta imagen que proyecta no es, más o menos retocada, más o menos enmascarada, la imagen que siendo niño ha soñado llegar a ser y nunca se ha conseguido, pues al hombre no se le puede comprender bien si se ignora al niño que ha sido y que queda siempre en el fondo, frecuentemente tanto más activo cuanto más desconocido (2).

Este proceso, es particularmente detectable en la masa. Ella necesita todo un mundo de héroes, hechos dramáticos o tierras prometidas que completen y realicen su deseo interior. Con ello pretende hacer vida sus deseos inconscientes de gloria y poder.

Desde este punto de vista, ante el hombre así estructurado se presenta el milagro como el hecho prodigioso dotado de elementos maravillosos y desacostumbrados. No es raro que en su presencia el hombre experimente una extrañeza ante algo en que ve cumplidos, al mismo tiempo que desbordados, sus sueños y deseos. Pero todavía está muy distante de la actitud religiosa ante la presencia de lo trascendente. Ciertamente, es preciso reconocer que esa reacción humana predispone el camino para el reconocimiento de la acción de Dios. Pero esa aceptación no se produce hasta que el hom-

---

(2) *Médecine et merveilles*, p. 115 ss.

bre no registra un elemento nuevo: la conciencia de un hecho superior que rebasa sus fuerzas; proximidad ante algo que le es radicalmente superior.

## El milagro como demostración de potencia

El milagro lo hemos considerado anteriormente como algo que aparece ante el hombre con carácter de des-acostumbrado, que hiere su sensibilidad causándole admiración. Este mismo hecho lo vamos a considerar ahora bajo el aspecto de manifestación de potencialidad física. Esta característica comprobaremos que viene también a satisfacer una de las exigencias más radicales de la estructura humana.

El hombre, en su deseo de superación, ha llegado a palpar su impotencia. Impotencia ante sí mismo y ante los elementos cosmológicos que le rodean, que al sobrepasarle hacen nacer en él un sentimiento de inseguridad y temor. En cada momento, la potencialidad que posee tal cosa o tal hecho que sucede a nuestro alrededor se presenta siempre ante nosotros con algo inesperado y desconocido. Hasta en los hechos más triviales de nuestra vida cotidiana, no podemos menos de constatar su contenido último de sorpresa y novedad.

La vida en los pueblos primitivos —donde las características humanas se encuentran más elementalmente marcadas— estará regida por este contacto continuo con el poder desconocido. El rey, el enemigo, la vida sexual, la tempestad, los días, las palabras, estarán sometidos a esa potencia oculta e incontrolable, el TABU. Al encontrarse ante una demostración de poder, ha tenido conciencia de tener cercano algo que no sabría hacer derivar de la nada y que sólo puede ser designado por términos religiosos.

La manifestación de poder habrá despertado en el alma humana un te-

mor que se despliega a la vez en un apartamiento y en una atracción. No hay religión primitiva sin estos dos elementos. Al mismo tiempo que un temor, existe en ellas un amor, un matiz atractivo, correspondiente al nivel cultural del pueblo. Es como un "recojimiento tímido" (3), "una mezcla de miedo, de timidez y de pudor" (4), que terminará siempre imponiéndose como una obligación absoluta. Cuando esta exigencia absoluta persiste, este miedo terminará convirtiéndose en observancia.

Desde este punto de vista podemos apreciar el mito pagano en todo su valor. Intenta expresar en fantasías, frecuentemente groseras e infantiles, el deseo inconsciente, pero real, de una encarnación redentora y de una proximidad de lo divino. Esa espera interior, llena de deseo, desencadena la función fabuladora a propósito de un objeto jamás encontrado. La realidad viva en ese deseo, podrá ser verdadera, puesta por Dios, aun en el caso en que el contexto que intenta explicarlo sea una ficción.

Vemos, pues, que a la doble exigencia de lo maravilloso y de una manifestación de un poder superior, exigencia nacida de la misma naturaleza del hombre, el milagro auténtico le ofrece lo que imperfectamente unas veces, claramente otras, esa exigencia postula: Una trascendencia inaccesible y una presencia auxiliadora. En el punto de encuentro de esos dos elementos, se sitúa la existencia del hecho verdaderamente prodigioso (5).

## El milagro como signo

El tercer aspecto que hemos de considerar en el milagro es su aspecto co-

---

(3) Marett.

(4) Otto.

(5) A. Brunner. *La Religión*, 175, ss.

mo signo. El milagro no radica en una comunicación personal, sino es algo que pertenece al mundo físico. Sus elementos naturales no están al nivel de lo religioso. Por tanto, el elemento exterior, visible, está muy lejos de ser suficiente; en este cuerpo debe haber un contenido espiritual que es el que a nosotros nos interesa por la relación que pueda tener con la religión.

El suceso natural puede expresar y significar más de lo que su naturaleza de acontecimiento físico permite. Sólo le confiere su valor de signo sobrenatural la participación en una acción e intención divinas que le elevan por encima de su poder normal. Para expresar una parecida participación en una causalidad superior, hay que recurrir al concepto de instrumento.

En el milagro Dios emplea la naturaleza material, el mundo físico, como instrumento de su intención y de su salvación. Sea directamente, sea por medio de sus criaturas escogidas; el "santo" o el enviado de Dios que haga los milagros, los ejecutará como ministro de las intenciones salvadoras de Dios. En los elementos físicos del milagro, el hombre verá el instrumento del que Dios se ha valido para dar el primer paso —proximidad de lo divino— para entablar con el hombre unas relaciones de amistad. Relaciones de amistad que tendrán plena realización y serán su fundamento, en la religión.

Todo milagro es pues un signo de Dios propicio y en este sentido amigo. Con esto no queremos decir que el concepto de milagro suponga que Dios quiera establecer relación de amistad en sentido estricto, que es lo que se da al elevar al orden sobrenatural. Evidentemente, Dios puede hacer milagros aun sin existir esta elevación sobrenatural.

### **El milagro en el estadio del precreyente**

Ahora bien, porque el milagro se ofrezca a nosotros como un hecho sensible, inscrito en la experiencia común,

no se crea que la evidencia de su función como signo será tan inmediata como la evidencia de su aspecto prodigioso. No podemos buscar en el milagro una evidencia de lo divino que pulverice en la conciencia todo género de duda. Es éste un espejismo que frecuentemente seduce al hombre de buena fe.

Eso es precisamente lo que el milagro no puede realizar jamás. El milagro no fuerza nunca el consentimiento del hombre a lo sobrenatural. No debemos olvidar la diferencia que existe entre la evidencia de la verdad y la evidencia de la credibilidad. La evidencia absoluta se impone a cualquier clase de persona; el entendimiento humano no es libre de admitirla o no, sino que incondicionalmente ha de prestarle su asentimiento. La credibilidad es el carácter de lo que puede y debe ser creído; una certeza moral del hecho de la revelación como la que nos ofrecen los milagros, basta para que podamos y debamos prestar el asentimiento a la fe con una total certeza moral.

Ante el hecho aparentemente prodigioso, el hombre tiene que interpretar tanto su valor de estricto prodigio como su valor significativo. Y esto no hace solamente un llamamiento a la pura razón, sino que también supone un cierto uso de la libertad y de las condiciones sociales, culturales, y, sobre todo, morales del sujeto, que le harán de hecho aceptar o no aceptar su procedencia divina.

Luminosos son a este respecto los pasajes del Evangelio que nos muestran a Cristo conocedor del valor de signo psicológicamente libre que para los hombres constituyen sus milagros. Por esto El los condiciona a las disposiciones interiores de sus oyentes. No sólo ante Herodes que espera encontrar un acontecimiento entretenido, rechaza toda manifestación de poder, sino también cuando las almas están muy mal preparadas para recibir al mensaje divino, no puede, en gráfica expresión del Evangelista, obrar prodigios.

Un ejemplo más cercano a nuestros días. El premio Nobel en Medicina, Alexis Carrel, había dicho textualmente; "Si yo viese una curación orgánica en Lourdes, yo creería". El fue testigo de una curación sensible de este tipo; él pudo ver cómo en unos segundos descendía ante sus ojos la inflamación del tumor que había estudiado. Sin embargo, debió confesar enseguida que el prodigio no había bastado para disipar sus dudas. Tardaría todavía 40 años en volver al seno de la Iglesia católica (6).

Tanto para el incrédulo como para el católico, los hechos físicos que se ofrecen en el milagro son comunes. Ellos pueden caminar juntos hasta el conocimiento exhaustivo de lo que es milagro propiamente dicho. Pueden llegar a suscribir las mismas definiciones y las mismas conclusiones científicas del hecho constatado. Pero a partir de este punto, se enfrentarán dos actitudes diametralmente opuestas. No es el milagro considerado en abstracto el que ha de llevar al hombre a aceptar la religión y la persona de Jesucristo. Es demasiado evidente que Dios no ha podido escoger este medio incompleto y, en cierto sentido peligroso, para conquistar a sus creyentes. Como en los demás elementos de la apologética previos al asentimiento de la fe, el argumento de los milagros sólo alcanza su valor en la síntesis total del cristianismo.

Para el no creyente que busque en el milagro físico el único camino practicable para la fe, la tendencia de su espíritu le hará adentrarse en una vía muerta sin salida: una vez que científicamente haya superado determinadas dificultades, su imaginación se apresurará a crear otras nuevas o a postular al milagro exigencias que eliminen toda posible incertidumbre. Siendo pre-

cisamente esta evidencia necesitante lo que en los planes de Dios, al hacer psicológicamente libre y meritorio el asentimiento de la fe, queda excluido.

Por desgracia, hay también católicos que, sin advertirlo, buscan en los milagros algo parecido a lo que pretende el no creyente: la constatación absoluta de unos hechos que disipen toda duda, aun la imprudente e irrazonable, y en los que pueda cimentar su religión; de ahí las inquietudes y decepciones que pueden turbar su vida de fe.

### Valor religioso del milagro en la vida del creyente

Una vez analizada la función del milagro respecto al constitutivo religioso del hombre, veamos por último qué papel desempeña en la vida del cristiano. Puede parecer a primera vista que el milagro, como signo exterior influye solamente en el primer paso de la conversión.

Esta visión no es exacta, ya que el milagro conserva siempre su interés a lo largo de la vida de fe (7). Incluso puede afirmarse que no encuentra su pleno ambiente más que en un contexto de fe, donde la confianza en Dios sea firme como la roca. Las intervenciones sobrenaturales, para el creyente, son continuas y adoptan las más diversas formas: desde el concurso providencial de los acontecimientos en los que el alma cristiana reconoce el amor del Padre, hasta los milagros propiamente dichos que consienten el examen de una comisión médica. El creyente se mueve con holgura entre ese conjunto de hechos sobrenaturales como en una atmósfera que no le es extraña. En cierto sentido se

(6) H. Mazerat, art *Carrell*, en *Catholicisme*, t. II, p. 594-5.

(7) Louis Monden, *Le Miracle, signe du salut*, p. 93 ss.

podría decir que esta actitud destaca especialmente en el hombre actual. De vuelta del espíritu criticista del siglo pasado, el católico de nuestros días se abre a lo sobrenatural y prodigioso sinceramente y con naturalidad. El milagro sólo le supone un signo más patente y preciso de la constante acción de Dios (8).

El milagro, en resumen, brota de la dignación y el amor de Dios a los hombres. Lo mismo que la Encarnación. Quien cree en la integración di-

---

(8) La literatura, siempre sensible al sentimiento de las masas, recoge este fenómeno en gran número de obras. Sin pretender hacer un recorrido completo, citamos algunas de las más conocidas. La Alegría, Bernanos; Veréis el cielo abierto, Los santos van al infierno, G. Cesbron; El poder y la gloria, G. Green; El cielo y la tierra, Carlos Coccioli; El Milagro del P. Malaquías, Bruce Marshall; La Frontera de Dios, J. L. Martín Descalzo; Las llaves del Reino, A. J. Cronin; El abogado del Diablo, Morris West, etc. Un recorrido parecido podría hacerse en el terreno del teatro y la cinematografía.

vina en lo finito que se realizó por la Encarnación, verá en el actuar divino del milagro la continuación de la trayectoria que comenzó al tomar carne el Verbo. Desde aquel hecho, lo sobrenatural nos invade de una manera sensible. El hecho prodigioso supondrá, ante todo, un momento de intimidad entre Dios que se acerca con su obrar divino y la creatura que lo recibe. Como los dogmas o los signos sacramentales, el milagro se hace un acto símbolo, "una palabra-suceso" (9) de Dios que habla en su lenguaje sobrenatural.

El milagro es en fin, para el creyente una invitación escatológica, mensaje del país a donde vamos, recuerdo de que somos sobre la tierra peregrinos y extranjeros. A través del hecho extraordinario físico, manifiesta el milagro el estadio de salvación de un día en que las leyes de lo material sensible no contradigan las fuerzas del espíritu, sino que le sirvan en todo; donde el espíritu toma el puesto que le corresponde y se abre sin contradicción al mismo Dios.

---

(9) Según expresión de Jean Guitton.